

LA FUERZA KERIGMÁTICA DE LA LITURGIA. OBSERVACIONES PRÁCTICAS

Xavier MORLANS

La acción litúrgica como fuente y cima de la vida cristiana (cf. SC 10) y como expresión máximamente emblemática del dinamismo sacramental de la revelación en hechos y palabras (cf. DV 2), participa también en modo extraordinario del carácter kerigmático –de primer anuncio– de la evangelización. Entendemos por primer anuncio aquella acción pastoral de tiempo breve y concentrado que pretende alumbrar en el corazón de los destinatarios la primera fe o bien reavivar la fe adormecida de los practicantes habituales u ocasionales.¹

La misma disposición del presbiterio según la reforma del Concilio Vaticano II con la sede, el ambón y el altar de cara al pueblo predispone a un ejercicio constante de comunicación con la asamblea (además de las connotaciones de comunión y de sacrificio ofrecido al Padre). Tanto los fieles que asisten habitualmente a las acciones litúrgicas como los que asisten ocasionalmente o muy excepcionalmente se benefician cada uno según su momento de fe, del carácter de renovado primer anuncio que vehiculan diversos aspectos de la liturgia.

1 Véase: Joseph GEVAERT, *El primer anuncio. Proponer el Evangelio a quien no conoce a Cristo. Finalidades, destinatarios, contenidos, modos de presencia*, Santander: Sal Terrae 2004; EQUIPO EUROPEO DE CATEQUESIS, *La conversión misionera de la catequesis. Relación entre fe y primer anuncio en Europa*, Madrid: PPC 2009; Xavier MORLANS, *El primer anuncio. El eslabón perdido*, Madrid: PPC 2009; Juan Carlos CARVAJAL BLANCO, *Pedagogía del primer anuncio. El Evangelio ante el reto de la increencia*, Madrid: PPC 2012.

En primer lugar la *liturgia de la Palabra* que precede a la liturgia de todo sacramento (bautismo, confirmación, Eucaristía, matrimonio, ordenación, reconciliación y unción de los enfermos) posee la máxima eficacia en el momento de ser proclamada la Palabra de Dios en las diversas lecturas (cf. SC 7). No hay momento verbal en la vida de la Iglesia de mayor eficacia. Por ello el papa Benedicto XVI en su exhortación postsinodal *Verbum Domini* (2010) y recogiendo las proposiciones del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios en la Iglesia (2008), establece la analogía entre la presencia de Jesucristo en las especies del pan y el vino consagrado, y la presencia del mismo Señor Resucitado en la proclamación de la Palabra, e invita, por tanto, a desarrollar una teología de la sacramentalidad de la Palabra (cf. *Verbum Domini* 56). Es decir, la audición de la palabra de Dios tiene una fuerza capaz de provocar la fe inicial y de alimentar y santificar, a su manera, la vida de los oyentes si la acogen con corazón humilde y bien predispuerto.

Nuestro pueblo cristiano y buena parte de sus pastores apenas empieza a ser consciente de dicha realidad. Prueba de ello es el nivel todavía «bajo», en general, de lo que debería ser la proclamación de la Palabra de Dios y a menudo, en el mejor de los casos, es una lectura correcta pero demasiado rápida, sin pausas, sin énfasis, sin vida. ¿Cómo puede activarse la fuerza sacramental de la Palabra de Dios si ésta no está servida por unos lectores y lectoras conscientes de su ministerio, que han meditado el texto y que lo hacen resonar para la asamblea?

Cabe preguntar en el mismo sentido por lo que respecta a los posibles oyentes ocasionales de dicha Palabra (en ceremonias equiales, en primeras comuniones, bodas y bautizos) ¿cómo podrá tocar los corazones e invitar a un primer acercamiento a Jesucristo y al Padre, una lectura sosa y anodina? La fuerza kerigmática está ahí objetivamente contenida en el texto y dispuesta a ser unguida por el Espíritu Santo en el acto de ser proclamada, pero la materialización de la lectura y/o las condiciones acústicas del lugar o del equipo de megafonía pueden frustrar desgraciadamente la eclosión de dicha fuerza sacramental.

La mayor atención se concentra en la *homilía* que por su carácter de acto de comunicación en vivo y en directo goza, fenoménicamente hablando; del máximo poder kerigmático. Efectivamente la homilía en tanto que sirve a la asamblea la Palabra que acaba de ser proclamada, con la intención de acercarla al máximo a la sensibilidad, situaciones, problemas y esperanzas de los oyentes, constituye el momento más explícitamente kerigmático de la acción litúrgica. Por eso tanto las proposiciones del Sínodo de los Obispos de 2008, como Benedicto XVI en *Verbum Domini* insisten sobre la necesidad de que los pastores se preparen bien las homilías, recordando el carácter de servicio a la Palabra y no de explicación de las propias opiniones, que debe tener la homilía (cf. *Verbum Domini* 59).

La misma recitación de la *plegaria eucarística* en lengua vernácula, realizada también de manera audible, a pesar de su carácter de texto mistagógico propio para iniciados, tiene a pesar de todo un poder kerigmático, siempre y cuando el presidente la recite de manera creíble: dicha con unción y naturalidad, con solemnidad y con ternura, de manera que cualquier persona que la oiga pueda tener la percepción de que el celebrante se está dirigiendo a un ser importante, sí, pero bondadoso, cercano y entrañable.

En general existen tres tipos de entonación en la recitación de la plegaria eucarística:

- a) *Rutinaria*: una lectura seguida sin alzar la vista del misal con un *tempo* más bien ligero, de manera que no resulta creíble que allí esté en juego la entrega actualizada de «Alguien» – Jesucristo salvador – a «Alguien» – el Padre–.
- b) *Solemne sobreactuada*: Se endurece la voz y se proyecta hacia el cielo. La sensación que se transmite es que quien así habla se está dirigiendo a una autoridad gubernamental alejada y altiva.
- c) *Didáctica exagerada*: Es una reacción contra las dos formas anteriores pero peca de afectada. Recitación lenta y pronunciación con énfasis pero con un tono explicativo y una cantinela que parece que es cosa para niños.

Es todo un reto dar con el tono de voz adecuado que responda a la elevación propia de la liturgia pero que resulte creíble como

palabras dichas en presente de indicativo a Alguien que es la fuente del amor y de la vida.

En otro orden de cosas las pequeñas cuñas o moniciones –administradas con contención para no «matar» los símbolos en acción– pueden tener su carga kerigmática. Son invitaciones a abrir el corazón al Señor que pasa actuando en la asamblea. Importante la bienvenida y la invitación al acto penitencial, evitando la rutina y ofreciendo algún ángulo de entrada sorpresivo y atrayente. Y, por favor, desterremos para siempre aquello de «como decíamos el domingo pasado», o «una vez más, nos reunimos para...», o «como cada domingo...», terribles reiteraciones que matan la novedad del «aquí» y «ahora» que es la condición básica para que se produzca un anuncio que de pie a un acontecimiento: el encuentro vivo con Jesucristo resucitado.

Una vez reconocido el valor kerigmático que brota del mismo dinamismo de la acción litúrgica, en el corazón del pastor sigue resonando, no obstante, la pregunta acuciante: ¿Y cómo haré para trasladar el primer anuncio del amor de Dios ofrecido en Jesucristo a tantas y tantas persona que en numero cada vez mayor jamás pisan una iglesia en nuestro occidente postcristiano? Y es que «la sagrada liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia; ya que es necesario que los hombres sean llamados a la fe y a la conversión antes de que puedan entrar en la liturgia» decía la misma Constitución sobre la liturgia (SC 9). Por eso es de esperar que el próximo sínodo de los obispos convocado en octubre de 2012 para deliberar sobre *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, después de tratar sobre la potencialidad evangelizadora de la liturgia, se extienda también más allá de los límites internos de la comunidad cristiana (liturgia, catequesis, religiosidad popular) y afronte con decisión e imaginación la potenciación *también* de formas y métodos de *primer anuncio* para los no creyentes y para los católicos que un día se alejaron y que ya que no frecuentan los circuitos eclesiales habituales.

Xavier MORLANS

Es profesor de la Facultad de Teología de Catalunya y consultor del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización.